

Un jardín del punto atrás

Por Bárbara Golubicki

“La poesía es un jardín que habla de otros jardines”
Ludwig Wittgenstein

“Lo suyo es un híbrido de precisión y desvarío que evita todo el tiempo el mal gusto de la pompa. Es también una bandera contra el hastío, un despliegue de paisajes mínimos, para fijar en el centro unas cuantas verticales cruzadas, una torre. La torre del sueño infantil de la escritura”
Maria Negroni, sobre Vita Sackville West

El jardín que nos ocupa, como todo jardín, siempre es un espacio dentro de un espacio mayor que lo contiene, en el que se incrusta y con el que se vincula. Ese dominio para nosotros es la arquitectura sensible que Inés Raiteri ha ido dibujando en estos más de veinte años, entre la pedagogía y la pintura, en el arte de la instalación y la pasión ornamental, en un borde en el que conviven la vida comunitaria con parcelas de soledad dedicadas a la práctica inmanente de construir ambientes.

Un espacio dentro de otro espacio que es, al mismo tiempo, un exterior y un interior, un envoltorio formal que explora el largo espectro material de la fibra (el hilo de seda, el empapelado industrial, la pana bordada, el papel) y que guarda la memoria de todo su trayecto (el dibujo, el diseño digital, la sublimación, el bordado). Todo un mecanismo que apunta a ablandar y alivianar las líneas, a engrosar las superficies y darles un volumen vivo y táctil, como si se tratara no de retomar elementos de su propia carrera para antologizarlos y recopilarlos, sino de volverlos a pasar por una sensibilidad que busca liberarlos de sus tensiones pasadas, del rigor geométrico y la planimetría pictórica, como un ejercicio de transposición que recuerda a las tareas escolares. Así, en este jardín podemos escuchar ecos de su ingreso a la beca Kuitca, con la serie de 45 bastidores azules ahora convertida en serie de blancos, la exploración del lenguaje de la abstracción de sus exposiciones posteriores en pequeñas placas, el interés en la relación con el espacio en los empapelados y la búsqueda del color como experiencia en los extensos bordados. Especie de bitácora o inventario sensible, entonces y, sobre todo, apología de la intimidad donde el archivo aflora.

Por eso este jardín que hoy ocupamos, el jardín del punto atrás de Inés, no es como esas fortalezas parquizadas de orden y transparencia que imaginan los paisajistas, ni un oasis proyectado para evadir los ruidos del exterior. Hecho desde dentro y en movimiento, es más la improvisación de un mapa que un paraíso planificado. Las figuras se mueven libres y abren un paso natural, como un cause, o un mar. El resultado es un manto en el mismo sentido que los botánicos hablan de manto para referirse al juego de texturas y colores, horizontal o vertical, que componen las especies conservadas. Un manto que contiene sus propios residuos y su propio principio constructivo, el del punto elegido para bordar (y para pensar), el del punto atrás, como una fuente de energía. Un manto cuya diversidad en formas y colores garantizan la supervivencia de lo adorable, que no rechaza el baldío y contempla el vacío como un espécimen exótico que hay que reproducir y atender. Un jardín que evoca a los jardines verticales de Oriente, concebidos para mostrar lo invisible, dirigidos no a avanzar sobre el horizonte sino a ascender e invitar al viaje mental del visitante, a la dispersión de la vida contemplativa.

Es así, que por esa vía, que vuelve el imaginario de la escuela, ya no solo como ese repertorio de manualidades menores del que el arte argentino ha hecho, valga la redundancia, escuela; ya no como esa reserva de afectos de un entorno común de intercambios que Raiteri sigue entendiendo como su primera clínica de obra antes de cualquier circuito del “arte”; más bien como ese espacio de suspensión, ese gran recreo de la vida, que aparece en su etimología: la palabra escuela, nos recuerda Rancière, viene de scholè, una palabra que se traduce al latín por otium, ocio, tiempo libre. Así la escuela es una forma del uso de tiempo, que el bordado como ninguna otra actividad materializa, el uso de aquellos que cuidan su tiempo, dispensados de las exigencias del trabajo, dedicándose al puro placer de aprender juntos.